

# Pregón Corpus Christi 2005

Esther Esteban

Autoridades, toledanos, queridas amigas y amigos: Cuando el Ayuntamiento de la ciudad me propuso como Pregonera del Corpus 2005 acepté encantada y he de reconocer, si me permiten una pequeña confesión, que la propuesta me llenó de orgullo y emoción. Orgullo porque, como toledana, he tenido la suerte de haber nacido nada más y nada menos que en la ciudad que se conoce universalmente como de la tolerancia ¡bendita palabra! para unos tiempos oscuros de ceguera y mordaza, donde el fanatismo y la exclusión del diferente -sea por conceptos políticos, ideológicos o religiosos- se han convertido en normal moneda de cambio y los tambores de guerra -en campo abierto o disfrazados de infame terrorismo- suenan con demasiada frecuencia y cercanía.

Orgullo por ser de una tierra de mujeres y hombres decentes y esforzados, poco amigos de las alharacas sí, pero mucho de los valores y los principios, para los que la palabra desestimiento no está en el diccionario y si aparece, en lugar destacado, los conceptos de integridad y dignidad. Y emoción porque no hay nada que toque más la piel, que llegue más a la sensibilidad de un toledano que la fiesta del Corpus Christi, nuestra fiesta. Esa que convierte a nuestras milenarias calles en un lugar eterno donde presente pasado y futuro se funden en armonía y nuestras raíces se hunden en la historia de los tiempos. Pero ser pregonera sobre todo me produce vértigo. Ese vértigo que nos dan las grandes ocasiones en las que yo, como periodista, como una simple contadora de historias que pasan, no pretendo siquiera compararme con los pregoneros que me han precedido -personajes excepcionales, escritores, artistas investigadores o poetas- solo quiero hacer un retrato en forma de misiva, de carta de puño y letra ni siquiera en forma de email, como sería lo propio de este tiempo.

Para hacerlo he retomado y recogido los artículos que durante mas de una década escribí para el diario ABC, que año tras año me encargaba una doble página titulada "La misiva" y que ahora continúo

Toledo, jueves 26 de mayo del 2005

Mi querido día del CORPUS.

Retomo un año mas este guiño, esta complicidad epistolar que, desde hace años mantenemos tú y yo el mismo día con una puntualidad poco común en los tiempos que corren. Y lo hacemos nada más y nada menos en el año eucarístico de fiesta grande para los cristianos, y en el que también celebramos el IV centenario de nuestro personaje más universal, ese ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que como tú hizo de sus aventuras un canto a la libertad para elegir su propio destino frente a la ineludible coacción del mundo en que vive.

¡Quién te lo iba a decir a ti! Quién hubiera pensado que pasados los años, los siglos, seguirías intacto, inalterable como si el tiempo y tú fuerais la misma cosa. Tú, querido día del corpus que viste la luz fruto de las turbulencias cismáticas de los siglos XII y XIII. Tú, que fuiste capaz de enmudecer durante cinco años con orgullo imperturbable frente a las tropas de Napoleón; tú, que conociste el dolor inmenso de la fraticida guerra del 36, hoy en pleno siglo XXI sigues igual.

No pasa el tiempo por ti ¿te das cuenta? En el mundo de la globalización, que tanto fascina y tan perplejos nos deja a algunos, tú has sido capaz de hacer que se produzca el milagro y guardas el secreto, la pócima, la fórmula que contiene el dulce elixir de la vida eterna. Durante exactamente 24 horas, durante este día, que es el tuyo, todo parece detenerse. Toledo, la hermosa ciudad árabe de occidente, vuelve a perfumarse desde el amanecer, la Toledo hebrea de Sefarad engalana sus calles con sus mejores joyas y la ciudad cristiana de los Concilios se torna espiritual, sublime, casi divina. Toledo y el Corpus se convierten en almas gemelas, unidas e inseparables, capaces de trascender lo meramente humano y tocar sutilmente con los dedos el imperceptible tacto de lo espiritual. El Tajo sigue vigilando a la ciudad esbelta y sus calles se tornan altivas, y coquetas.

¡No pasa el tiempo por ti ¿Te das cuenta?. Para escribirte esta carta me había marcado inicialmente el reto de navegar por Internet, sumergirme de pleno en esa atractiva e inquietante autovía del futuro, dejarme confundir por esa selva oscura de los cibernautas, buscando algo diferente de lo que sobre ti se ha dicho y escrito durante siglos. Al final, mi querido día del Corpus, he optado por irme a lo cercano y sencillo, ojear el álbum familiar, detenerme un momento, entornar los ojos y ¡de repente!, con una profunda sensación de alivio, abandonarme e imaginar ese cielo rojizo inigualable en ningún otro lugar del mundo. Después, inspirar hondo, profundo y dejarme embriagar por ese olor a tomillo, romero e incienso que perfuma tus calles. He abierto los ojos de par en par y he vuelto a emocionarme un año más -como siempre lo he hecho desde hace más de cuatro décadas- con los reposteros, los mantones de Manila y las pañoletas multicolores que penden de los balcones. He podido palpar y sentir entre mis dedos el suave tacto de los tapices milenarios que adornan la fachada catedralicia del Arco de Palacio -mi lugar preferido para ver la procesión y ¡cómo no! de nuevo he sentido ese cosquilleo en el estómago que los toledanos sentimos al ver aparecer majestuosa la custodia de Arfe, alfombrada a su paso por claveles reventones, lirios silvestres y pétalos de rosa.

¿Me permites una confidencia? ¿Sabes en realidad lo que más me gusta de ella? Pues.. que a pesar de ser alta -mide dos metros y medio- robusta como las hembras fuertes -tiene 12.500 tornillos y 5.600 piezas- y coqueta -se necesitaron 183 kilos de plata y 18 de oro para construirla- ha sido y es una madre coraje como MARÍA, una mujer de rompe y rasga, rebelde,

inconformista y viajera. Se marchó a Cádiz para dar esquinazo a Napoleón y le toco presidir, majestuosa, esas Cortes donde creció el bendito germen de la Democracia al grito de ¡Viva la Pepa! Quiso después conocer la exposición universal de Barcelona de 1952 y cuarenta años mas tarde todo el mundo la rindió honores en la Expo de Sevilla.

Siempre he pensado que esas ganas de la custodia de Arfe de descubrir nuevos lugares, sortear fronteras y dejarse ver en otras tierras tienen su origen en una anécdota que me contaba mi padre, JOSÉ, cuando era niña y agarrada de su mano- esas manos de hombre honrado y cabal que me daban seguridad y fortaleza- contemplábamos con respeto y emoción su entrada solemne a la Catedral oyendo el tintineo emocionado y nervioso de las campanillas del carillón. ¿Sabes que el hombre que la construyó, Enrique de Arfe, -me decía- era un maestro joyero, como yo, y solo le dieron una propina escasa por diseñar y realizar tanta belleza? Yo me encogía de hombros -fingiéndome que ningún año me acordaba de la historia- y le preguntaba con gran curiosidad ¿cuánto, cuánto dinero le dieron? “pues lo necesario para comprarse 30 pares de gallinas atarse a ellas y poder volar y ver mundo como tú cuando seas una señorita”, lo que provocaba en mí grandes carcajadas. Después he sabido que la historia de Arfe y las gallinas tiene un punto de realidad. Al maestro platero aparte del sueldo estipulado por construir la custodia -33.557 maravedíes- el cabildo le regaló una propina de otros 2.500 para que, efectivamente, se comprara 30 pares de gallinas. Claro que en 1523 él, ENRIQUE DE ARFE, no pudo hacer realidad el sueño de volar, pero sí lo hizo su obra esa maravillosa torre gótica -iniciada con el primer oro llegado de la lejana América y traído por el mismísimo Cristóbal Colón- ¡cosas del destino!

Mi querido día del CORPUS. No pasa el tiempo por ti. Todo en ti permanece imperturbable, especialmente aquellos conceptos que se fundamentan en la fe. Pienso en ti y me sigue sobrecogiendo el profundo fervor de los católicos, ese que en su día le llevó a ese papa viajero y cercano que nos acaba de dejar, Juan Pablo II, a visitar nuestra ciudad en su primer viaje a España y preguntar a un grupo de jóvenes, ¡sus grandes aliados!, cómo vivían en TOLEDO tu día. Esa jornada profundamente religiosa y espiritual en que Cristo presente en la eucaristía se acerca a los hombres, recorre sus calles y ocupa el centro de la fiesta. Hablo de fe y recuerdo a mis ancianas abuelas Fernanda y Victoriana, con esa profunda religiosidad de los mayores, explicándome cómo Dios hecho hombre y alimento quería en tu día acercarse a nosotros y en justa compensación los toledanos le recibíamos con nuestras mejores galas. El Dios de los cristianos, ese que habla de amor, tolerancia y solidaridad, valores esenciales en tiempos convulsos como los nuestros, donde reaparece con demasiada frecuencia el terrible fantasma de la xenofobia y el racismo de la persecución por motivos religiosos, ideológicos o culturales.

Mi querido día del Corpus ¡No pasa el tiempo por ti! ¿te das cuenta? A mí me parece que fue ayer cuando en la más tierna infancia mi madre me confeccionaba ella misma dos vestidos. Uno, el más sencillo, que estrenaba la víspera para ver las calles y esperar con impaciencia la llegada de la Tarasca, ese monstruo serpentón que abre sus alas y ensortijada cola, estira el pescuezo y asusta a los niños. Nos decían entonces que era el

símbolo del pecado y por eso estaba a la grupa Ana Bolena, la mujer responsable de que Enrique VIII se apartase de la religión católica, pero yo he de confesarte ahora, y en secreto, que nunca me creí esa historia. Imaginaba, por el contrario, que esa mujer rubia y despeinada era una hermosa princesa que en su monstruo volador de ensortijada cola, viajaba lejos huyendo de la cerrazón y la intransigencia que a veces cae, como un maleficio, sobre las ciudades amuralladas. Al final, en mi sueño infantil, la hermosa dama de la Tarasca se convertía en una reina inteligente y generosa, que situaba a las mujeres en idéntico lugar de igualdad y dignidad que los caballeros de la corte.

Todavía se me eriza la piel y puedo sobresaltarme cuando pienso en los gigantones. Veo con la perspectiva de una niña de seis años a ese enorme Cid Campeador con la espada cruzada y su bello medallón de nuestra patrona la virgen del SAGRARIO, y rodeándole los seis continentes, esos personajes de todas razas elaborados en cartón piedra que tanto nos sorprendían.

El otro vestido, el más elegante, que cosía las manos amorosas de Carmen, mi madre, lo estrenaba al día siguiente, en tu día, en el gran día. Solía ser blanco, de batista o piqué lleno de vainicas y enaguas perfectamente almidonadas. Había tardado casi dos meses en confeccionarlo y casi siempre para que mi hermano José Luis y yo pudiéramos estrenar... ella solía transformarse alguno suyo de otros años. No sé cómo lo hacía, pero a mí me parecía algo mágico. Ponía mangas, ajustaba el escote, subía o bajaba los bajos, compraba algún que otro adorno del valorado lamé y nos sorprendía cada año con la misma pregunta ¿a que no parece ni el mismo? Yo la veía y la siguiendo viendo guapísima, como un ángel, tan protectora y generosa ahora como entonces.

Ese día nos levantábamos temprano, al repicar festivo y juguetón de las campanas. Me agarraba con fuerza a la mano de mi padre, siguiendo como en un ritual a mi madre y a mi hermano, siempre unos pasos por delante, y atravesábamos con calma Santo Tomé -mi barrio- en cuya confitería, si había suerte, nos compraban unos dulces. Solíamos hacer una primera parada al llegar a San Marcos, donde instintivamente mirábamos hacia arriba buscando la luz intensa que atravesaba los toldos... esas lonas zurcidas y remendadas, beige y amarillas, que al ser atravesadas por los juguetones rayos de sol formaban una maravillosa vidriera multicolor, que fue mi primer caleidoscopio. Casi todos los años jugábamos a hacer apuestas sobre si los toldos aguantarían la lluvia, ¡bendita lluvia!, que solía caer generosamente el día anterior y así hacer bueno el dicho de “toldo mojado, corpus mejorado” Después cogíamos un ramito de tomillo, romero, mejorana o cantueso y antes de que pudiéramos siquiera deleitarnos con su fragancia mi padre nos contaba, año tras año, que todas esas plantas aromáticas, autóctonas de nuestra tierra, se había recogido el día anterior de la finca Torre Cer-

vato, una extensión de doscientas hectáreas de monte, muy cercana a Noez, el pueblo de su madre, y propiedad de una prima muy querida por él y respetada por todos los toledanos por ser una empresaria emprendedora y pionera, Laura Heredero.

Y..., hecha la aclaración ritual, esperábamos pacientes la llegada de la procesión, que veíamos siempre con el resto de la familia: mis tíos y mis primos. No sabíamos afortunadamente lo que significaba la palabra prisa y todos nos hacíamos gestos de complicidad al observar la emoción de los mayores, sobre todo de las mujeres, que lloraban al paso de la custodia. Nosotros los más pequeños, nos ensimismábamos con los vestidos, la ornamenta y la simbología de los participantes en el cortejo. Maceros con dalmáticas, canónigos con mucetas, capellanes con capas pluviales y hasta los pajecillos con sus vestiduras barrocas. Claro que no era menor la curiosidad que despertaba en nosotros la historia de cada una de las cofradías, hermandades y capítulos: la del gremio de los hortelanos, la hermandad del Cristo del Calvario, el capítulo de caballeros mozarabes, los infanzones de Illescas, la cofradía de la caridad y así una tras otra.

Recuerdo que los chicos esperaban siempre con inquietud la bajada de la guardia civil a caballo por la calle Trinidad. Sentían una especial admiración por el brillo de los correajes, observaban como el sol provocaba un efecto destellante en los sables y hubieran dado lo que fuera por tocar la escarapela bicolor de los tricornos de gala. Pero el momento decisivo consistía en comprobar si los jinetes eran tan diestros para evitar que sus caballos, de ancas lustrosísimas, dieran un resbalón a causa de esa fina capa que formaba el tomillo en el empedrado.

Ese era el día en que me compraban el primer helado de la temporada -un corte de nata, chocolate y fresa- y también en el que mis padres se tomaban el primer vaso de limón granizado o horchata helada en el Miradero -un auténtico manjar de dioses tras aguantar muchas horas de pie bajo un sol de justicia. Después -como oportunamente me recordaban mis entrañables amigos de la PEÑA DEL REY MORO- había comida especial, que casi siempre consistía en unos huevos rellenos o ensaladilla rusa y pollo en pepitoria. Claro que entonces, como ahora, cuando la economía venía mas holgada podíamos degustar unos buenos tacos de jamón y queso, gambas, que casi siempre tenían un aspecto algo sospechoso, ¡ya se sabe, por la lejanía del mar!, y por supuesto perdiz a la toledana, nuestra gran joya gastronómica. Incluso, si había suerte y alguien se podía acercar con el seiscientos a Bargas degustábamos el exquisito besugo escabechado, que vendían balde en mano y voceando por las calles, las bargueñas.

Ya por la tarde, los hombres se iban a los toros y nosotras, las mujeres y las niñas, aguardamos en la Vega, donde, si nos habíamos portado bien en la procesión, nos compraban algunas golosinas deliciosas, cuyo sabor aún puedo paladear. Eran unas pequeñas cajitas redondas de madera

en cuyo interior contenían una especie de jalea, espesa, muy dulce y de un intenso color rojo, que te teñían los labios y así aparentaba que los teníamos pintados como las chicas mayores, Recuerdo que yo metía en ella mi dedo índice a placer y la de-

Cuando la luz apenas es un dedo  
que acaricia la alfombra  
de tomillo y su perfume viene con regalos  
del campo verdegris,  
amado campo nuestro.  
Cuando la luz se afina  
sobre un vestido blanco de verano,  
muy próximo,  
y la mañana, piedra  
preciosa de la fiesta, azulea,  
y la mañana mueve  
un brazo, luego el otro  
y luego desenreda su cabello nocturno.  
Hay un espacio ajeno al inminente  
parpadear de los sonidos.  
Si hubiera aplausos yendo a los tapices  
colgados de los muros  
callarían las palabras del alba y del deseo.  
Y si hubiera  
un Sagrado deseo de Ser Hombre,  
un corazón plural,  
iría despertando lentamente,  
se ensancharía al sol de los balcones  
y un solo deseo  
a lo divino  
festejaría el paso de Ser Hombre.  
Pero ahora,  
en este instante dulce que resiste  
al primer aleteo de campanas,  
nos pertenece el nombre  
de la ciudad, la pausa  
mas intensa:  
el ligero reposo de las calles,  
el gozo contenido en el silencio  
y la fiesta del alba  
en nuestros ojos.

gustaba poco a poco para que me durara al menos la mitad de la tarde. Cuando los hombres volvían de los toros, ya casi entrada la noche, y mientras relataban minuciosamente la faena, nos tomábamos de nuevo un refrescante limón y para acompañarlo unas hermosas berenjenas en vinagre, que el vendedor siempre decía ufano que eran auténticas de Almagro, acompañadas de cebollitas, pepinillos y unas enormes cortezas de cerdo bien fritas, que las madres se encargaban de trocear dando pequeños golpes en el centro.

En esa época de mi más tierna infancia ya hacía sus primeros pinitos de poeta una buena amiga mía, vecina del barrio, compañera de colegio y travesuras, María Antonia Ricas, que hoy es una de nuestras poetisas más prestigiosas. Nada mejor que un fragmento de su obra "Alba de Corpus" para definir nuestra emoción de entonces y ahora:

¿Te das cuenta? No pasa el tiempo por ti. Me puse mi vestido de primera comunión para salir en el cortejo del Corpus, como luego hicieron mis hijos Ignacio e Itziar. Un día idéntico pasados los años conocí mi primer y gran amor: Ángel. En los años de universidad ese jueves era sagrado y aun coincidiendo siempre con fechas de exámenes conseguía arrastrar a Toledo a la mitad de los periodistas de mi promoción. Mi primer artículo para un periódico nacional, para el desaparecido "Ya" lo escribí sobre ti, mi querido día del Corpus, y aun hoy, esté donde esté y aunque la actualidad informativa- esa especie de poderosa droga que hace de mi oficio su razón de ser- me lleve a sitios muy lejanos, siempre en este día, en este jueves que reluce más que el sol, estoy de regreso.

Mi querido día del Corpus. Todos los años en homenaje a ti, mi casa de Toledo -uno de esos sueños que finalmente y a pesar del esfuerzo veo cumplido- se convierte durante un fin de semana en la unidad pluricultural que reza nuestra Constitución. Se vuelve alegre y bulliciosa, llena de amigos procedentes de todas las autonomías. Las comunidades históricas del 151 y las mas recientes del 143, la España multilingüe -que habla euskera, catalán o gallego- la España diversa y heterogénea, esa que se refleja en el artículo dos de nuestra carta magna como una nación patria común e indivisible de todos, se da cita en Toledo para dar ejemplo de tolerancia. Ni los enfrentamientos políticos, ni las diferentes ideologías, ni los riesgos secesionistas, ni las distintas maneras de afrontar los retos de la vida nos han separado. Mi casa, como la de la mayoría de los toledanos, es lugar de encuentro de amistad, respeto mutuo y tolerancia. En ella se darán cita, como siempre desde hace veintitantos años, mis queridas amigas y compañeras del universitario colegio mayor. Los Bartolomé, los Serrano y los Mendía harán un homenaje a su siempre dolida tierra de Euskadi. Los Sánchez-Robles traerán con ellos el estigma de la buena gente trabajadora y honrada

de la Rioja. Los Larriva, la solidaridad y el concepto de región universal que es Galicia y los Alía el afán de superación de la gente cabal de Extremadura. Ese día vendrán también mis queridas y admiradas compañeras de profesión: Isabel, Consuelo, Nativel, Victoria, Pilar, la otra Pilar, Curry Charo, Marta, Rosa y también, cómo no, los chicos, algunos de los cuales hoy están aquí: ENRIC, CHANI, FERNANDO, MIGUEL ÁNGEL, FÉLIX y otros muchos que representan todo lo que de digno y honorable tiene mi oficio.

Ángel, mi esposo y compañero de fatigas, junto a nuestros hijos Ignacio e Itziar harán posible, con su buen saber y estar de toledanos de orgullo y buena cepa, ¡qué va a decir su madre!, que nuestro hogar sea, si cabe, más universal, y mi fiel amiga Lola -esa infatigable toledana ejerciente- volverá a hacer de cicerone para que nadie se pierda en nuestras callejuelas. Ojalá las generaciones del futuro, las de nuestros hijos y nietos, sepan conservar y preservar la fuerza y el profundo significado que tiene tu día, el gran día.

Ojalá que a finales de este milenio y el siguiente y también al otro y al otro cualquier casa toledana siga siendo lugar de encuentro y tolerancia donde huela a Corpus, se fundan lo divino y lo humano y se respire respeto y solidaridad. ¡Viva por ello y, sobre todo, mi querido día del Corpus, va por ti. Ser tu pregonera, en este año del Quijote y castellano, de sueños de libertad, ha sido, créeme, un lujo y un honor seguramente inmerecido. Hasta el año que viene y el otro y el otro y el otro... ah

Posdata: como sé, mi querido día del Corpus, que tienes influencias a altísimo nivel -nada menos que ahí arriba- me permito el atrevimiento de pedirte que utilices esa fuerza insuperable para difundir una noticia cierta comprobada y contrastada en la que se diga que Toledo es sin duda el mejor lugar del mundo, que los toledanos -véase la muestra que tenemos aquí esta tarde- somos gente de primera y que tu día es mucho más que una fiesta religiosa y popular. Yo no conozco otra donde lo humano y lo divino se fundan rozando la perfección. Tan es así que este año en vez de dedicarte un día lo haremos por partida doble para que nadie se lo pierda. Se despide de ti tu más leal, fiel y rendida admiradora. Hasta el año que viene.

Esther Esteban  
Periodista.

